

Camilo llegó a Chile en 2016, porque la crisis alimentaria estaba afectando su tratamiento. En Chile, dice, se ha topado con compatriotas que migraron por lo mismo.

LA OTRA MIGRACION VENEZOLANA

Centenares de venezolanos con VIH+ han emigrado a Chile este año para conseguir atención médica y salvar sus vidas. Llegan desesperados por la escasez de terapias en su país y con sus tratamientos interrumpidos por la falta de especialistas. “Sábado” habló con algunos de ellos para conocer la carrera contra la muerte de la que vienen escapando.

POR JUAN LUIS SALINAS T. COLABORACIÓN ARAK HERRERA

Ándate. Deja Venezuela. Salva tu vida. Esas ideas se instalaron en la cabeza de Carlos a comienzos de 2018 y progresivamente se transformaron en la única opción posible. Este hombre de 37 años —un abogado de Maracaibo que fue diagnosticado como VIH positivo en 2003— llevaba casi un año sin recibir sus medicamentos antirretrovirales. Tampoco podía realizarse los exámenes que detectan si el virus, que durante una década los tratamientos mantenían a raya, había despertado. Seis meses atrás, el infectólogo que lo trataba se había marchado de Venezuela a Miami. Antes de despedirse de Carlos, el médico le confesó que lo desesperanzaba no poder ayudar a sus pacientes, que no quería verlos morir y le aconsejó: “Cuando puedas, márchate; esto se pondrá peor para ustedes”.

Carlos confió en que las cosas se arreglarían: que la escasez se solucionaría y que en los próximos meses volvería a tener su terapia. Tenía buena salud y creyó que podría resistir.

La esperanza de Carlos se esfumó la segunda semana de abril de este año. Tres hechos gatillaron ese cambio, recuerda. Primero: la falta de comida había logrado que perdiera más de diez kilos y la ansiedad no lo dejaba dormir. Segundo: no solo volvió a escuchar en la farmacia del hospital que su medicamento no había llegado, también se enteró de que desaparecieron prácticamente todos los retrovirales que consumían VIH positivos venezolanos. “La enfermera me anunció que las autoridades de salud no tenían planes de comprarlos por un tiempo”. Pero lo más fuerte, cuenta Carlos, fue que lo contactó un muchacho que tenía el virus desde 2014 y que había desarrollado una agresiva enfermedad oportunista.

—Estaba abandonado. Lo cargué y durante varios días recorrimos hospitales que no quisieron recibirlo: no había médicos ni medicinas ni elementos de salud. Finalmente, lo aceptaron con la condición de que le comprara todo lo básico: guantes, jeringas, papel higiénico y algo de comida. Fue tremendo. Supe que eso me podría ocurrir a mí. Entonces decidí huir —dice Carlos, quien llegó a Chile a comienzos de julio pasado. Hoy, ayudado por una ONG nacional, ya retomó su tratamiento.

Su destino inicial era Perú. Había leído en un foro de internet que las políticas de salud de ese país eran más amables con los inmigrantes y, además, había varios activistas venezolanos contra el VIH-sida instalados en Lima que lo orientarían. Tras casi ocho días de viaje por tierra, relata, ocurrió algo inesperado: lo asaltaron en un terminal de buses limeño. Perdió su maleta, su *laptop*, los documentos que acreditaban su condición de salud y los 1.500 dólares que había ahorrado. Lo único que le quedó fue su pasaporte y una libreta de contactos con el número de una amiga chilena. La llamó. Ella le envió dinero para que se viniera a Chile y lo recibió en su casa.

—Fue un viaje horrible, pero volvería a hacerlo mil veces. En Venezuela estaba condenado a morir.

Carlos, luego de iniciar su tratamiento en un hospital de la Red Pública de Salud, se unió a los 682 venezolanos que han buscado refugio en Chile para continuar su tratamiento antirretroviral. La situación de los inmigrantes seropositivos quedó en evidencia esta semana, cuando la Cancillería reconoció que se equivocó al exigir un examen de VIH a un venezolano que quería ingresar al país

desde Perú. Según el Ministerio de Salud, estos ciudadanos representan el mayor colectivo inmigrante con VIH-sida que existe en Chile.

“No me queda tiempo”

Las frases de los carteles y las consignas eran desesperadas: “En Venezuela los pacientes VIH+ estamos sentenciados a muerte”. “No más mentiras, tratamientos antirretrovirales ya”. El jueves 18 de abril 2018, ante el Ministerio de Salud de Venezuela, más de un centenar de hombres y mujeres con VIH protestaron por el desabastecimiento de terapias retrovirales.

“
Los VIH positivos venezolanos que están llegando al país vienen por una situación compleja, porque necesitan medicamentos. Lo importante es ayudarlos
”

—Esa protesta ayudó a fortalecer el movimiento y a mostrar la situación crítica de los VIH positivos en el país. Aunque todos conocían el deplorable estado del sistema de salud pública y el desamparo de los pacientes de diferentes enfermedades crónicas, era la primera vez durante el gobierno de Maduro en que afectados por el virus daban la cara por su

cuenta, más allá de las organizaciones —asegura desde Venezuela Feliciano Reyna, presidente de la ONG Acción Solidaria, que desde hace 25 años lucha contra el VIH-sida.

Según un documento que distintas organizaciones venezolanas de este tipo hicieron llegar este año a la directora regional de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), Carissa Etienne, más de 80 mil pacientes no tienen acceso a sus terapias y desde mayo de 2017 el Ministerio de Salud no ha firmado órdenes de compra de antirretrovirales.

Jhonatan Rodríguez, presidente del grupo activista caraqueño StopVIH, dice que la salud pública y en especial la situación de los VIH positivos representan “una emergencia humanitaria”.

—Además de medicamentos, no hay reactivos para el diagnóstico ni para el monitoreo, o el control de las personas que han sido diagnosticadas de VIH, como conteos de CD4 (para conocer el nivel de defensas de su organismo) o las cargas virales (que permiten ver el avance del virus). Tampoco existen tratamientos para la tuberculosis, toxoplasmosis ni citomegalovirus, entre otras infecciones oportunistas que afectan a esta población.

La infectóloga Ana Carvajal, del Hospital Universitario de Caracas —quien empezó a tratar casos de sida en 1984—, menciona otra complicación: el inminente deterioro de los pacientes que habían logrado cargas de virus indetectables, por la suspensión de sus tratamientos y por la escasez alimentaria que afecta al país. Otro peligro que la doctora Carvajal ha detectado es que los pocos pacientes que aún tienen acceso a sus medicamentos optan por utilizarlos intermitentemente o consumirlos de manera incompleta

Los sobrevivientes de las

“MAMADERAS ENVENENADAS”

Solo de grandes, los tres hermanos España Ramírez tomaron conciencia de la terrible historia que ocurrió antes de que ellos nacieran. Sus padres habían tenido tres hijos que murieron a manos de la nana de la familia, en un caso que remeció al país en los 60 y que fue conocido como “las mamaderas envenenadas”. El reciente libro *Las homicidas* reflató el hecho y motivó a los hermanos a hurgar en sus recuerdos. Aquí cuentan cómo sus padres —hoy fallecidos— se sobrepusieron a esa tragedia.

POR CAROLA SOLARI

En 1972, Sergio España tenía nueve años, iba en quinto básico y un compañero le dijo que había visto en la revista *Vea* un reportaje sobre sus hermanos en que salían sus papás. “¿Qué hermanos?”, preguntó extrañado, porque él solo tenía dos hermanas menores. Con esa pregunta llegó a su casa a interrogar a su mamá, Magaly Ramírez. Esa fue la primera vez que escuchó la historia. O, más bien, parte de ella.

—La mamá me dijo que antes que yo naciera, habían tenido tres hijos que habían muerto. Me lo contó de manera general, sin entrar en detalles. Y yo, niño, me quedé con eso. Ella no volvió a tocar el tema y no dimensioné

lo que había pasado hasta muchos años después —relata el periodista Sergio España, sentado en el comedor junto a sus hermanas, Loreto y Paula, y a un amigo de la familia, Luis Rodríguez, en la que fue su casa de infancia en Buin; una casa con un patio grande y una enorme piscina donde su madre organizaba clases de natación para los niños y sus amigos. Hoy, sus padres están muertos, la piscina está vacía, cubierta de tierra y hojas, y la casa está en venta.

Magaly Ramírez y Sergio España —los padres de Sergio, Loreto y Paula— fueron parte de uno de los hechos policiales más bullados en Chile en los años 60, conocido como el caso de “las

mamaderas envenenadas”. Ella, matrona, y él, médico cirujano del Hospital de Buin, habían perdido a tres hijos de manera consecutiva e inesperada, entre 1960 y 1962. La primera en fallecer fue Viviana, a los 17 días de vida. Luego Magaly Ximena, de un año y cuatro meses, y finalmente Sergio Iván, de apenas 23 días. Los tres habían sufrido vómitos y convulsiones repentinas y no se había encontrado una explicación concluyente para su deceso. Además, poco después, en julio de 1963, murió la madre de Magaly, Ana Córdova, que vivía con ellos, aparentemente de una pancreatitis aguda.

—Tenía como 12 años cuando encontré en el escritorio una co-

pia del expediente donde se leía la palabra homicidio —recuerda Loreto, la hermana del medio—. Me pareció raro, por lo que llamé al gordo (Sergio), que me fue a acusar. Entonces, la mamá algo me contó, pero así, livianito. No quiso asustarnos.

En octubre de 1963, cuando ya habían enterrado a esos tres hijos y a la abuela, Magaly Ramírez estaba otra vez embarazada. En esos días, ella y su esposo recibieron en la casa a una pareja de amigos de Copiapó. Venían con su hija Mariana Rodríguez, de 11 meses, y su nana Betty. Al rato, cuando Betty le dio a la niña su mamadera, esta comenzó a llorar y a tener convulsiones luego de tragar unos sorbos. La



Luego que la nana fue detenida, Magaly Ramírez tuvo a Sergio, Loreto y Paula. Arriba, la descendencia completa: los tres hijos y los nietos.